



“I. Lorenzo Boturini, vida y obra”

p. 13-22

Lorenzo Boturini y el pensamiento histórico de Vico

Álvaro Matute Aguirre

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1976

89 p. + 5 hojas con láminas (ilustraciones)

(Serie Historia Novohispana 26)

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de noviembre de 2023

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/160/boturini-pensamiento.html>

D. R. © 2023, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



I. LORENZO BOTURINI: VIDA Y OBRA

1. ESBOZO BIOGRÁFICO

Quien conozca la vida de Lorenzo Boturini no puede dejar de calificarla de novelesca. Desgraciadamente ningún escritor del romanticismo mexicano se allegó los suficientes elementos para documentar, ya en novela al modo de Riva Palacio, ya en teatro al modo de Fernando Calderón o Gorostiza, una vida que da buen material para ser recreada literariamente.

Siendo el propósito de este libro muy distinto al de incurrir en la novela histórica, apenas se hará un recuento sumario de los hechos más significativos de la vida de Lorenzo Boturini Benaduci, señor de la Torre y de Hono, Caballero del Sacro Imperio, y, por añadidura, descendiente del conde Vilfredo de Borge, de los condes de Poitu, Auvergne, Masson y Tolosa, de los marqueses de Nevers y los duques de Aquitania.¹ Con todo ese linaje encima, nuestro personaje nació en la Villa de Sondrio, dentro del obispado de Como, en el Milanesado, en 1702.

Por medio de la imaginación se pueden suplir ciertos datos faltantes, que tal vez reposan en archivos milaneses. Se sabe que concluyó sus estudios en Milán, en 1724 y que al año siguiente marchó rumbo a Viena a servir al emperador Carlos VI. Permaneció algún tiempo en Trieste, donde, al parecer, comenzó a interesarse en estudiar su propia

¹No he querido hacer una biografía exhaustiva de Boturini, sino simplemente presentarlo. Las fuentes más importantes para conocer la vida del caballero son el "Memorial al Marqués de la Ensenada", redactado por él mismo y, en general otros papeles citados y transcritos por José Torre Revello, "Biografía de Boturini", *Boletín del Archivo General de la Nación*, México, 1936, t. VII, núm. 1, pp. 5-45. También se aprovecha y da a conocer nuevo material en el estudio de Manuel Ballesteros Gaibrois, "Vida y personalidad de Boturini", *Documentos inéditos para la historia de España. Papeles de Indias*, Madrid, Imprenta y Editorial Maestre, 1947, v. V, pp. xlii-lxiv. Por último, hasta el momento la biografía más completa de Boturini se debe a Miguel León-Portilla en su estudio preliminar a la *Idea de una nueva historia general de la América Septentrional*, México, Editorial Porrúa, 1974, lxxii-160 p. Con base en estos estudios y en los documentos tanto publicados en el citado *Boletín del Archivo General de la Nación* como en la *Colección de documentos inéditos*... hice esta breve semblanza ahorrándome remitir constantemente al lector a notas al pie de página.

genealogía. En 1726 formó parte del séquito imperial, en un viaje a las provincias. También se sabe que en 1730 hizo viajes a Croacia, Bohemia, Hungría y Eslovenia.

Hasta 1733 la vida de Boturini transcurrió sin sobresaltos y, seguramente, no exenta de ciertos placeres cortesanos. Pero el estallido de la guerra entre los Borbón —Felipe V y los franceses contra los Habsburgos, al morir Augusto I—, don Lorenzo se encontraba a punto de conseguir un asiento en el Senado de Milán o, al menos, en el gobierno de alguna ciudad marítima austriaca. La guerra lo obligó a trasladarse a una ciudad neutral.

El 30 de septiembre de 1734 arribó a Lisboa, tras breve estancia en Inglaterra. A la capital portuguesa llegó con cartas de recomendación de María Magdalena de Austria, para su hermana la reina de Portugal. Ahí se le ofreció el cargo de ayo de los infantes reales, indudablemente por su erudición, elocuencia y don de lenguas. Sin embargo optó por marcharse a España. En Madrid conoció al consejero real, marqués de la Ensenada, quien más tarde lo ayudaría. Mientras tanto, en un acto de devoción, marchó a pie de la capital hispana a Zaragoza, a visitar el templo de Nuestra Señora del Pilar —o la Pilarica, como se le llama familiarmente. Además de erudito, Boturini era devoto.

El viaje a Zaragoza, puede decirse, cambió su vida. En esta ciudad conoció a Joaquín Codallos, más tarde canónigo de la Colegiata de Guadalupe. Éste platicó a Boturini los portentos de la advocación mariana mexicana. Ello provocó en don Lorenzo un enorme interés por conocer personalmente la imagen taumaturga y el deseo de viajar a la Nueva España. Las circunstancias lo pusieron en contacto con doña Manuela de Oca Silva y Moctezuma, condesa de Santibáñez, quien lo comisionó para que cobrara unos dineros en la Nueva España, por poderes otorgados el 16 de marzo del propio 1735.

Boturini, ignorante de las disposiciones burocráticas, que impedían a los extranjeros viajar a los dominios de ultramar sin un pase especial que otorgaba el Real Consejo de Indias, se embarcó en Cádiz en el navío Almiranta Santa Rosa, de la flota del señor Pintado. Naufragó, como era casi costumbre, frente a la costa veracruzana. Esto, con todo y las molestias que pudo haberle traído consigo, le facilitó la entrada a Boturini a Nueva España, ya que tal vez pudo alegar que el pase del Consejo se quedó en el naufragio.

Boturini se albergó en la ciudad de México, en 1736, en la casa de Codallos, en la calle de la Estampa de la Concepción (hoy calle del Cincuenta y Siete, presumiblemente en el número 23). También residió en una casa perteneciente a la Colegiata de Guadalupe, en el cerro del Tepeyac. Ahí comenzó a estudiar el milagro guadalupano.

Entre los años de 1737 a 1739 ocurrió en el valle de México y en la zona de Puebla, Cholula y Huejotzingo una epidemia de matlalzáhuatl, de las mayores que asolaron a la Nueva España durante toda la época colonial. El entonces arzobispo y virrey, don Antonio de Vizarrón y Egarrrieta, organizó una procesión para pedir a la virgen de Guadalupe que diera fin a los males que aquejaban a la región central del virreinato. Al mermar la epidemia, el propio arzobispo-virrey proclamó a la guadalupana, patrona de la ciudad de México. Este acontecimiento, a los ojos del ferviente católico que era el milanés, lo llevó a estudiar con mayor interés los orígenes guadalupanos. Decidió, entonces que para comprender mejor el acontecimiento de las apariciones a Juan Diego, era preciso conocer la historia y la mentalidad de las gentes indianas. De ahí pasó a centrar más sus intereses en la historia prehispánica que en la guadalupana, aunque jamás perdió de vista llegar a satisfacer ésta, su inquietud original. Para hacer efectivos sus propósitos de investigación comenzó a allegarse una gran cantidad de documentos, ya fueran códices pictográficos, manuscritos escritos en náhuatl sobre papel español, libros inéditos, relaciones, papeles de tierras y, en suma, todo tipo de testimonios y documentos referentes a las antigüedades mexicanas. Por una parte, el propio Boturini, según su decir, por sí mismo encontró materiales visitando pueblos de indios; por otra, tuvo acceso a la colección que había reunido el sabio Carlos de Sigüenza y Góngora, y que se encontraban en el Colegio de San Pedro y San Pablo. Con estos papeles y los recogidos en Meztitlán, Tlaxcala, Huexotzinco, Cholula, Toluca, Yuririapúndaro y otras partes de Michoacán logró formar la más completa colección de documentos relativos al México prehispánico que ha habido en la historia y que recogió en ese primer inventario que fue su propio *Catálogo del museo indiano*.

Sus andanzas mexicanas lo llevan a ocupar temporalmente, en 1740, el cargo de teniente principal de Tlaxcala, por ausencia de don Joaquín Antonio Cortillas. Pero sus propósitos guadalupanos siguieron en pie y, no contento con dedicarse a historiar el milagro y sus circunstancias, se informó con la Santa Sede si el privilegio de coronar imágenes sagradas era extensivo al Nuevo Mundo. Al recibir respuesta afirmativa, solicitó fondos de un legado que para el efecto había donado Alejandro Sforza Palavicino. El arzobispo-virrey vio con buenos ojos el propósito de Boturini y accedió a que éste reuniera más fondos para la coronación. El requisito único era el permiso del Real Consejo de Indias para que la dicha coronación se llevara a cabo. Mientras tal asunto se tramitaba, don Lorenzo escribía cartas a alcaldes, ricos y principales de villas y ciudades novohispanas, para reunir más fondos para la fabricación de la corona.

Hasta entonces las tareas boturinianas iban por un buen derrotero. Sin embargo, en 1742 llegó un nuevo virrey, don Pedro Cebrián y Agustín, conde de Fuenclara. El 3 de noviembre cambió la suerte de nuestro personaje. El alcalde de Jalapa le mostró al nuevo virrey la carta que había recibido de Boturini, donde pedía fondos para la coronación. El conde de Fuenclara decidió averiguar si el extranjero tenía el permiso para hacer lo que se proponía y poco después, el 28 del mismo mes, Boturini fue llamado a comparecer ante el alcalde del crimen de la ciudad de México. El 7 de diciembre, el fiscal, licenciado Bedoya, ordenó reducir a prisión al caballero milanés.

Preso en el Ayuntamiento, se mandó recoger su documentación, conocida ya como “Museo Indiano”. Se le acusaba de haber entrado sin licencia a los dominios ultramarinos de su majestad católica y el haber puesto en práctica breves pontificios sin licencia del Consejo de Indias, con base en lo estipulado en la segunda Ley de Indias, título 8, libro I, que ordena recoger bulas y breves que carezcan del pase del Consejo, así como en lo dicho en las leyes primera y segunda, título 21, libro VII, que prohíben pedir y recoger limosnas. Domingo Valcárcel alegó en favor de Boturini que no había actuado por “dolo malo” sino por “indiscreta devoción”. El 16 de abril de 1743 escribió Boturini al secretario de la Nueva España en el Real Consejo de Indias, Fernando Triviño, para que intercediera por él. En el mes de julio redactó el primer catálogo del Museo Indiano y pidió a las autoridades que conservaran sus papeles en un lugar seco. De la prisión del Ayuntamiento pasó a la cárcel de la corte, donde fue encerrado con los presos del orden común, en la quinta bartolina. Por fin, el 9 de octubre, por decisión del virrey, sería enviado a España “bajo partida de registro” en el navío Concordia.

Propenso a las dificultades marítimas, ahora no hubo naufragio sino ataque por corsarios ingleses, quienes quitaron algún códice a Boturini y lo desembarcaron en Gibraltar, de donde tuvo que ir a Cádiz y de este puerto a Madrid.

1744 fue un año dedicado a las tramitaciones burocráticas, a pedir y alcanzar el favor de los altos funcionarios para que le indemnizaran su Museo y le otorgaran el permiso para la coronación. Su situación cambió poco al año siguiente, aunque tuvo la fortuna de haber conocido al criollo poblano Mariano Fernández de Echeverría y Veytia, quien lo acogió en su casa, dados sus intereses comunes en la historia precolombina. Redactó entonces su *Idea de una nueva historia general de la América Septentrional*, que se imprimió en 1746.

Este libro, como se verá adelante, tenía como propósito servir de sumario sobre materias que trataría ampliamente cuando tuviera a la mano sus documentos. En un sentido, la suerte favoreció a Boturini, ya que el 19 de diciembre de 1746 se le otorgó el título de “cronista *en* Indias”,

que debe distinguirse del de cronista *de* Indias, porque la residencia de aquél debía estar en América. Ello se debió particularmente a las sugerencias de don José de Carvajal y Lancáster, consejero real, en cuyo dictamen se indicaba que Boturini podía regresar a la Nueva España, donde se le entregaría su Museo, para escribir su anunciada *Historia general de la América Septentrional*. Y, como mejor estímulo, se le dotaría de un sueldo anual de mil pesos. Lo único que no consiguió el milanés fue el permiso para coronar a la guadalupana. Evidentemente a las autoridades peninsulares no les convenía que se hicieran actos solemnes sobre una imagen que ya era identificada como el símbolo de identidad por antonomasia de los novohispanos.

De la toma de decisiones a su realización no había precisamente mucha velocidad, ya que hasta el 10 de julio de 1747 prestó Boturini su juramento, ante el Consejo de Indias, al tiempo que recibía la orden de escribir su historia. Al año siguiente envió un memorial al rey Fernando VI, con el índice adjunto del tomo de la historia que estaba escribiendo, relativo a la cronología indiana. Por consejo del marqués de la Ensenada, el rey comisionó al naturalista Jorge Juan y Santacilia para que diera un dictamen sobre la obra de Boturini.² Jorge Juan, que sabía de América por haber emprendido el viaje amazónico con Ulloa, se sentía poco experto en cuestiones relativas a la América Septentrional precortesiana y acudió al jesuita Andrés Marcos Burriel, cuyo conocimiento sobre estos asuntos se remitía a haber editado la *Noticia de la California*, del padre Miguel Venegas, sin haber pisado jamás tierra americana.

Al concluir en 1749 la redacción del primer tomo de la *Historia general de la América Septentrional. De la cronología de sus principales naciones*, escribió un nuevo memorial al rey con el doble fin de darle a conocer el trabajo y solicitar la orden de pago de su salario que en dos años no había percibido. El 30 de septiembre recibió como respuesta parcial, el *imprimatur*, mas no el emolumento. Sin éste, no había para costear la impresión.

El panorama hasta entonces negro, se le esclareció un poco a Boturini cuando en 1750 fue recibido como individuo en la Academia Valenciana, presidida por don Gregorio Mayans y Siscar. Ahí pronunció su oración latina sobre el derecho natural de las gentes de la América Septentrional.

Todavía se cuenta con noticias de Boturini, provenientes del año de 1753. Desde luego, seguía gestionando el pago de su salario, asunto en el que fracasó. También de ese año data un breve escrito donde refutó las imputaciones que de plagario le hiciera el jesuita Burriel, cinco años antes.

² Sobre el particular *vid. infra* capítulo II, p. 25.

No cesó en su empeño de retornar a las Indias. En un nuevo memorial al marqués de la Ensenada solicitó permiso para embarcarse el 6 de marzo de 1754. Contaba con el apoyo del cardenal Henríquez, de la arquidiócesis toledana. De 1755 datan los últimos testimonios de la vida de Boturini. Uno de ellos es una comunicación, fechada en marzo, a un Julián de Arriaga, para que intercediera en su favor. Finalmente, entre los meses de marzo y agosto del año mencionado falleció Lorenzo Boturini en la casa de doña Rosa de la Parra, quien le había hospedado y a quien nombró heredera y depositaria de sus bienes. Los descendientes de la señora de la Parra, muchos años después, cobrarían los sueldos que Boturini nunca pudo obtener. Su *Historia*, además de inédita, quedó inconclusa. No pudo seguir investigando, y, sobre todo, estar cerca de sus papeles. Tuvo que contentarse con la documentación disponible en España, y al parecer, con reservas.

2. LAS OBRAS DE BOTURINI

La bibliografía de Lorenzo Boturini Benaduci puede dividirse en dos partes: una compuesta por proyectos inconclusos y la otra, por obras terminadas, aunque no necesariamente publicadas. Entre los proyectos se encuentra el material que Boturini pensó dedicar a la historia de las apariciones guadalupanas; las obras llevadas a término son las que tienen como objeto de estudio la historia prehispánica de México, particularmente, la cultura náhuatl.

El primero de los proyectos es el de mayor importancia porque su contenido se integró a la *Idea de una nueva historia general de la América Septentrional*. Su título es conocido en forma abreviada dentro de algunas bibliografías.³ Sólo don José Fernando Ramírez⁴ lo transcribió tal como aparece en el manuscrito original:

Laurentii Boturini de Benaducis Sacri Romani Imperii Equitis, Domini de Turre et Hono cum pertinentis, Margarita Mexicana id est, Apparitiones Virginis Guadalupensis Joanni Didaco, ejusque avunculo Joanni Bernardino necnon alteri Joanni Bernardino Regiorum Tributorum exactori accuratius expensae tutius propugnate sub auspicii.

Es un manuscrito que perteneció a Mariano Veytia y que después recogió el historiador mencionado. Boturini lo registra en su *Catálogo del Museo Indiano*, xxxvi, 14, conocido como *Margarita Mexicana*. En él enuncia los que a su juicio son los treinta y un fundamentos

³ Como la que hizo don Joaquín García Icazbalceta para el *Diccionario Universal de Geografía e Historia*.

⁴ José Fernando Ramírez, "Adiciones a la Biblioteca de Beristáin", en *Obras*, 2 v., México, Imprenta de Victoriano Agüeros, 1898 (Biblioteca de Autores Mexicanos, 15-16).

para demostrar la certidumbre de la aparición guadalupana. De ellos sólo redactó parte del primero, titulado “Ab elegántia et fide Historiae Indicae”. Lo escrito por Boturini lleva también el título de “Prologus Galeatus”, nombre con el cual lo dio a conocer don Joaquín García Icazbalceta. Va seguido por cuatro párrafos numerados, en donde trata los siguientes aspectos: “De filis Indorum historicis, quae peruani *Quipus* et Mexicani Nepohualtzin appellant”, “De Indorum poetarum canticis, sive prosodis”, “De figuris Indorum Historicis”, y “De characteribus Indorum Chronologicis”. Los cuatro aspectos, como se dice anteriormente, pasaron a formar parte del párrafo primero de la *Idea*, en sus dos primeros apartados.⁵

El segundo proyecto es el dado a conocer por el propio Boturini en su *Catálogo*, xxv, 12, como *Ensayo de una historia de Guadalupe*, y cuyo título original, latino, es: “Thaumaturgae Virginis de Tequatlanopeuh, vulgo de Guadalupe, Compendidria historia quam scripít Laurentis Boturini &&.” Es simplemente un apuntamiento de lo que pretendía desarrollar y que nunca llevó a cabo.

Su tercer proyecto es un esquema genealógico de los reyes de Anáhuac. De hecho es una copia de papeles de la Colección Sigüenza, anteriormente propiedad de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, que, sin embargo, trasladó al latín con el título y partes que se transcriben: “Schema genealogicum Reges et Imperatorum qui terram Anahuac supremo dominantí sunt Imperio.” Son cinco pliegos de papel genovés, unidos, formando una banda de doce metros por cuarenta y dos centímetros. La distribución alude a cuatro reinos o imperios, según la concepción que el propio Boturini postula: “Reges Tultecae”, “Imperatores Chichimecae”, “Tyranni Tepanecae” e “Imperatores Mexicani”, donde se incluye a Moctezuma Xocoyotzin. De este esquema no hizo uso en sus obras posteriores.

Los trabajos que culminó Boturini son tres. El primero es un apuntamiento de cómo debe concebirse la historia general de la América septentrional. En él es donde aparece la aplicación del sistema viquiano, aunque jamás nombra a su creador. Básicamente puede asentarse que trata de abordar la documentación original indígena vista a la luz del pensamiento de Vico. La obra consta de dos grandes partes, o bien, son dos obras que en conjunto, se publicaron dentro de un mismo volumen, en 1746. En la primera expone su discurso histórico y en la segunda presenta la relación detallada del material que reunió en la Nueva España y del cual fue separado por orden del virrey Fuenclara. Tales son la ya mencionada *Idea de una historia general de la América Septentrional, fundada sobre material copioso de figuras, Symbolos, Caractéres, y Geroglíficos, Cantares y Manuscritos de Autores Indios*,

⁵ Sobre el sentido de esto *vid. infra*, particularmente capítulo v.

*ultimamente descubiertos. El complemento es el Catálogo del museo histórico indiano del caballero Lorenzo Boturini Benaduci, Señor de la Torre y de Hono, quien llegó a la Nueva España por Febrero del año 1736, y a porfiadas diligencias, e inmensos gastos de su bolsa juntó, en diferentes Provincias, el siguiente Tesoro Literario, que va especificado, y, dividido según los varios asuntos de las Naciones, e Imperios antiguos de los Indios, y puede servir para ordenar y escribir la Historia General de aquel Nuevo Mundo, fundada en Monumentos indisputables de los mismos Indios.*⁶

La *Idea de una nueva historia general de la América Septentrional* revela en su título que se trata de enunciar una nueva concepción de la historia de la parte norte del Nuevo Mundo, aunque en realidad se limite al ámbito del altiplano central, propio de la cultura náhuatl. Es un libro dividido en veintiocho párrafos, subdivididos, a su vez, en apartados. Los párrafos van encabezados con números romanos y los apartados con arábigos. Existe, además, una división tripartita global. El párrafo tercero lleva antepuesto el título de “Edad primera”; la “Edad segunda” abarca de los párrafos cuarto al vigésimo, y la “tercera edad” comprende a los párrafos vigésimo primero al vigésimo sexto. Los dos primeros párrafos son introductorios y los dos últimos conclusivos.

El contenido de esta obra está distribuido de la siguiente manera:

- a) Presentación del material indígena sobre el cual trabajó. Explicación de la división de la obra en tres partes, correspondientes a las edades divina, heroica y humana. (Párrafos I y II.)
- b) Los dioses. Explicación del significado de sus nombres y función social de cada uno de ellos, conforme a sus atributos. (Párrafo III.)
- c) Los héroes. Exégesis de los símbolos formados en la edad heroica. Símbolos astronómicos. El calendario náhuatl. (Párrafos IV-XIV.)
- d) Origen de los indios y su tránsito a América. Existencia de gigantes en la Nueva España. (Párrafos XV-XVII.)
- e) División de los imperios indígenas. Relación histórica sumaria de los pueblos olmeca, xicalanca, tolteca, tecpaneca, mexica y teochimeca. Conquista española. (Párrafos XVIII-XXVI.)

⁶ Lorenzo Boturini Benaduci, *Idea de una nueva historia general de la América Septentrional*, Madrid, Imprenta de Juan de Zúñiga, 1746, 40+167 p. Reeditada en México, Imprenta de I. Escalante, 1871, 333 p. y por Ireneo Paz, 1887, 232 p. Además de la edición citada en la n. 1, de 1974 existe una facsimilar hecha en París, 1933. *Vid.* bibliografía. En todas se incluye el *Catálogo del Museo Indiano* como una especie de apéndice. Para facilidad del lector, que puede acudir a cualquiera de las diversas ediciones, citaré como lo hace el propio Boturini: en lugar de referirme a la página remito al número del párrafo en romano y al de su respectivo apartado en arábigo. La brevedad de ellos permite localizar fácilmente las referencias que se harán en el texto.

f) “Advertencias a lo dicho” y “Utilidad que puede producir esta obra”. (Parágrafos XXVII y último.)

En este plan destaca la división tripartita en las edades que Vico atribuye a los antiguos egipcios, según Varrón, a las cuales sujeta el desarrollo de la historia y la cultura indianas. Ya se ha indicado cuál era el propósito de este libro; en él, Boturini señala lo que hubiera querido desarrollar en su obra grande. De éste, cuyo título es *Historia general de la América Septentrional*, sólo llegó a escribir el primero de cuatro volúmenes. En él hace explícito el plan y contenido que dichos libros tratarían:

Tomo I. *De la cronología de sus principales naciones*. De su contenido se hará el resumen estructural adelante.

Tomo II. “Vocabulario de dioses para aclarar la mitología indiana”. Con toda seguridad, en este volumen Boturini trataría *in extenso* lo que desarrolla en el párrafo III de la *Idea* y en otro de sus escritos, la *Oración sobre el derecho natural de las gentes indianas*, cuyo contenido se tratará posteriormente.

Tomo III. Su propósito aquí era el de “juntar las raíces de la lengua náhuatl y meditar sobre sus progresos hasta que se derramó en varias y exquisitas poesías”. De este asunto se ocupa en el párrafo XIV de la *Idea*.

Tomo IV. En éste pretendía “recoger todo lo que hallare perteneciente a la geografía y astronomía”. Sobre este particular da muy pocas noticias en la *Idea*. De hecho sólo lo menciona al comentar el contenido de sus fuentes en el *Catálogo del Museo Indiano*.

El plan de Boturini era vasto. Destaca el hecho de que, por la influencia recibida de la lectura viquiana, presumiblemente hecha antes de su viaje a la Nueva España, y, asimismo, evidentemente, vuelta a leer en Madrid, en 1745, prestaría mayor atención a las creaciones culturales en lugar de centrar su atención en un desarrollo cronológico tradicional de los acontecimientos.

De la *Historia general de la América Septentrional* ya se señaló que el único tomo escrito lleva como subtítulo “De la cronología de sus principales naciones”. La división interna de este libro acusa una diferencia básica con la *Idea*. La *Historia* se encuentra dividida en veinticinco capítulos. Por tratarse ya de un trabajo especializado, la división temática alude a las diversas maneras en que los nahuas contaron y dividieron el tiempo en sus distintos calendarios. Boturini analiza tanto la estructura de los calendarios como los símbolos de los días, meses y años. Asimismo, clasifica a éstos en cuatro tipos: el natural, el civil, el ritual y el astronómico. También caracteriza las cuatro edades o soles. Establece, asimismo, los cómputos largos de tiempo. Otro gran

tema, relacionado por su dependencia con el calendárico, es el relativo a las fiestas y solemnidades, a partir de los símbolos que las identifican. Para ejemplificar, Boturini intercala en el texto numerosas tablas cronológicas donde se correlacionan los años julianos con los nahuas. También intercala pictogramas copiados de códices donde están representados los símbolos de los días, meses y años.

Si se quiere ubicar a este trabajo dentro de un contexto historiográfico, puede decirse que es la primera obra especializada en el tema de la cronología, ya que sus antecesores, aunque proporcionan la más amplia información al respecto, lo hacen todavía dentro de un plano tradicional e integrando las formas indígenas de cómputos del tiempo dentro de la cultura a que pertenecían.

Finalmente queda la *Oración sobre el derecho natural de las gentes de la América Septentrional*. Trabajo breve y circunstancial, le sirvió a su autor para ingresar a la Academia valenciana que dirigía el erudito Gregorio Mayans y Siscar. En la *Oración* se encuentran dos grandes temas: uno que puede catalogarse de filosófico-jurídico, donde se hace un alegato contra las ideas de Grocio, Hobbes, Pufendorff y Selden, para elevar sobre ellos a Vico, y rendirle, de paso, un homenaje. Ahí se encomia al napolitano —“águila inmortal de la deliciosa Perténope”— el hecho de haber establecido un derecho natural de gentes sin apartarse de los lineamientos providenciales. El segundo tema de esta *Oración* es el análisis del derecho natural de las gentes indianas a partir de los auspicios de los dioses con los cuales se regulaba la primera organización social de los indios. Parte, desde luego, de la tesis viquiana del temor a la naturaleza que engendra la creación de los dioses, seres superiores a los hombres que funcionan como elementos coercitivos para que la sociedad abandone el estado caótico —o ferino— e ingrese al orden de la justicia. Boturini hace su análisis a partir de las etimologías de los nombres de las deidades.

Después de este trabajo, la pluma de Boturini no volvió a producir otra obra. Es seguro que lo que apunta en la *Oración* sería desarrollado en el tomo segundo de la *Historia general*. La muerte y la penuria se lo impidieron realizar.